

MATANDO MARIPOSAS

Quiero que abras mi piel con tus afiladas uñas
y que revuelvas mis entrañas en busca de eso que llamas corazón.
Y cuando no lo encuentres,
quiero que me cierres la herida del vientre con tus ásperos lametones
Y me susurres al oído que yo tenía razón.

(22 de marzo)

Los pensamientos se sucedían sin control dentro de su cabeza. No estaba segura de estar dormida o despierta, sino más bien de caminar entre ambos mundos, con la mente sumergida en una especie de balsa de aceite. Oía las voces de sus padres en el salón, pero no podía escuchar lo que decían. Tampoco importaba. Hacía tiempo que habían dejado de importarle muchas cosas. Como el reloj del escritorio, que le reprochaba con sus manecillas que perdía el tiempo.

Soñó con una colina y una caseta blanca. Ella se acercaba por el camino sin asfaltar pero cada vez parecían estar más lejos. Sin embargo siguió andando y apresuró la marcha hasta casi correr. Sus zapatos planos estaban sucios de tierra y pensó con desagrado que eso no iba a gustarle a mamá. Seguro que ella y papá estaban dentro de la casa. Alison llegó a la puerta y la empujó.

Dentro no había nadie. La caseta solo contaba con una habitación sin amueblar. Las paredes y el suelo eran de madera sin pintar, y las humedades se colaban por entre los tablones. En algún momento de su sueño había empezado a llover, pero ella no recordaba cuándo. Avanzó hasta el interior y la puerta se cerró con un quejido. Una sensación de angustia la golpeó de pronto y Alison miró a todas partes, tratando de buscar alguna salida de aquel lugar sin nombre, pero no la encontró. Las paredes crujieron ruidosamente y comenzaron a encogerse, y el terror que sentía se intensificó con cada sacudida. Su cara se había contraído en una mueca de angustia, pero no se despertó.

La jaula en la que había entrado había adoptado poco a poco el tamaño de un coche y cuando volvió a menguar ella tuvo que tumbarse boca arriba para poder seguir con el cuerpo estirado. Gritó con toda su energía que alguien la salvara. Pataleó en un intento de romper la madera, pero no lo consiguió. Entonces distinguió en el techo una frase pintada de verde pálido, el color de la esperanza, que rezaba: *en casa estarás a salvo*. Se despertó de un salto cuando la vivienda tenía el tamaño de un ataúd.

Su respiración era rápida y cortante, y no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que no se vio reflejada en el espejo. Últimamente soñaba mucho con estar

Iba a preguntarle si le dolía cuando sus dedos cesaron de moverse, y descendieron hasta el brazo del sillón. Recordó en ese instante una conversación absurda que había mantenido con sus amigos una tarde de verano, tan lejana que comenzaba a desdibujarse. En ella una chica había apuntado que en Japón llevaban mascarillas por la contaminación y que a ella le parecía bien. Alison había afirmado que si tuviera que llevar mascarilla algún día tal vez se pegaría un tiro. Todos rieron y ahora era la ironía la que se reía de ellos.

Recogió el papel aceitoso que había usado de servilleta y lo tiró en la basura de la cocina. Después se dirigió al baño, dispuesta a tomar una ducha caliente. Cerró la puerta y se encaramó al espejo. Su melena castaña encuadraba un rostro pálido, falto de sol, en el que contrastaban con dureza las pecas que poblaban el puente de su nariz. Un intento de sonrisa asomó a su labios, y Alison tuvo que reconocer que se veía hermosa, pese a que la luz del lavabo la hacía parecer enferma. Se revolvió un poco por la ocurrencia y tensó el cuello. Abrió el grifo de la ducha y comenzó a desnudarse con lentitud, arrastrando la tela sobre la piel, como si cada prenda pesara una tonelada. Antes de meterse bajo el agua, cruzó la habitación en un ágil movimiento y abrió la pequeña ventana, después entró en la ducha.

La música comenzó a sonar casi instantáneamente, y fue el único momento del día en el que Alison supo con certeza la hora que era. Las ocho. Y la melodía seguiría sonando mucho después de que ella acabara de lavarse. Mientras se enjabonaba la cabeza pensó en toda esa gente de ahí fuera, rostros prácticamente desconocidos que se sonreían unos a otros, cantaban y hasta bailaban desde sus balcones. En la mayoría de ellos, los vecinos habían colgado pancartas de ánimo y arcoíris, pero Alison no se sentía con fuerzas para hacerlo. Y claro que le deseaba ánimo a todo el mundo, pero sencillamente no tenía energías para demostrarlo. ¿La convertía eso en un monstruo sin sentimientos, sin corazón?

Un escalofrío trepó desde la base de su columna y Alison dio un leve respingo. La idea de que estaba hueca por dentro aparecía a veces por su mente como un cartel de neón, pero la esquivaba siempre. Ahora se permitió a sí misma recrearse en ella. ¿En qué la había convertido la cuarentena? En un ser humano con una piel pálida que cubría un esqueleto huesudo, pero entre ellos no había nada. Vacío. Su corazón se había marchado de la mano de la felicidad y la había dejado encerrada en cuatro paredes que se la estaban tragando. Se pasó una mano por la frente para retirar el exceso de jabón. Pero no todo había sido malo. Había ahondado mucho en su interior durante tantas noches iguales, y eso había sido como mantener una conversación con la versión más profunda de sí misma, y lo cierto era que había descubierto muchas cosas.

La principal de ellas era su temor al olvido, a no poder recordar las sutilezas que daban color a la vida. Su nariz se había acostumbrado a los olores de su casa, de eso estaba segura, y la aterrizzaba no poder distinguir con su olfato la tierra húmeda o el mar. No poder *apreciarlos*. La aterrizzaba que el confinamiento la cambiara para siempre. Se dobló por el vientre y empezó a frotarse los tobillos, luego las rodillas y por último los codos y la nuca. Luego cogió la alcachofa y repitió el recorrido a la inversa,

—No sé yo mamá. ¿Me das los guantes?

Su madre le tendió dos fundas globosas para las manos, y al enfundárselas Alison pensó que acababa de meter los dedos en dos tarros de harina. Las mangas de su chaqueta también se llenaron de polvo. Miró por última vez a su madre, casi rogándole que la acompañara y por otra parte deseando que no lo hiciera, y cogió la lista de la compra.

Se sorprendió de ver que el mundo seguía tal y como lo recordaba. Las calles y los parques seguían ahí, y también la vieja frutería de la esquina. Se cruzó por el camino a muchas personas que habían perdido su rostro bajo la mascarilla, reducidas a dos ojillos brillantes que podrían pertenecer a cualquiera. Se dijo que ella ofrecería el mismo aspecto de anonimato y se repitió que todo era cuestión de acostumbrarse. Se miró las manos enguantadas y pensó que esa era su nueva vida, pero que no iba a ser la definitiva. Un período de tiempo que pasará. Llegó a la puerta del supermercado y una máquina atornillada a la pared le escupió una cantidad innecesariamente grande de gel hidroalcohólico. Los guantes se pegaron a sus manos como una segunda piel que le molestaba, pero no pudo hacer nada para evitarlo. Avanzó por la tienda.

Cogió una cesta y enfiló el pasillo de los lácteos. Paró al final de este y, mientras cargaba tres litros de leche en la cestilla, oyó una voz que la llamaba por su nombre. Giró la cabeza bruscamente y el pico izquierdo de la mascarilla rozó sus pestañas, tapándole la visión por un instante. El chico que la había llamado era Rubén, un compañero del colegio. La saludaba efusivamente con la mano. Alison hizo lo mismo. Cruzaron unas cuantas palabras pero la conversación no le pareció importante —Alison ni siquiera sería capaz de recordarla unas horas después—, lo que importaba era que estaban allí. El uno frente al otro. Y que tampoco habían cambiado. Se despidieron desde la distancia y ella terminó sus compras.

En el camino de regreso iba en dirección al sol, que le bañaba la cara como hacía meses, y una sensación casi de borrachez la embelesó de pronto. Las pequeñas cosas que daban color a la vida. Entonces empezó a notar una leve pero punzante molestia tras las orejas, totalmente soportable, pero se sintió aliviada cuando llegó a casa y pudo quitarse la mascarilla. Descargó las bolsas sin cuidado sobre el banco de la cocina y se lanzó al lavabo para lavarse las manos. Antes se había quitado los guantes y estos descansaban ahora en el fondo de la papelera, aún un poco húmedos por el gel. Abrió el grifo y comenzó a mover los dedos con ansia. *Uno, dos, tres. Cambio de lado. Cuatro, cinco, seis. Treinta.* Se enjuagó con agua. Después se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa, y la metió toda en la lavadora. No se sintió limpia, *segura*, hasta que no volvió a estar con el pijama puesto, y la invadió una pereza profunda si tenía que hacer todo eso cada vez que saliera a la calle. Pero debía admitir que la sensación de libertad era embriagadora.

Durante los próximos días la acompañaría una sensación de extraña familiaridad cada vez que salía a la calle, como si redescubriera los lugares a los que solía ir antes del encierro. Aquella voz se dejaba oír por su mente con menos frecuencia, iba y venía casi sin dejar rastro, hasta acabar marchándose por completo sin que ella se diera cuenta, hasta acabar matando a su molesta mariposa. Empezó a pasar las noches del tirón

MARIA CARNACEA MENA
2º BACHILLERATO
IES LA MORERIA
MISLATA (VALENCIA)